

España que me cambió

Recuerdo bien aquella mañana en Leópolis. El aire era fresco, el cielo estaba cubierto de nubes, y yo, con mi maleta junto a la puerta, sentía... algo nuevo. No era solo miedo al viaje, era la sensación de que algo grande estaba por suceder. No me iba de vacaciones. Emprendía un viaje que iba a cambiarme.

El vuelo a Múnich fue como un instante. Gente a mi alrededor, nubes tras la ventana, y dentro de mí... silencio. No leía, no escuchaba música. Solo pensaba. En mí, en Ucrania, en lo que dejaba atrás.

Cuando subí al avión hacia Madrid, sentí que el mundo entero abría sus puertas. Voces nuevas, olores distintos, un idioma que no entendía, pero que sonaba como música. Quería escucharlo, aunque no comprendiera nada.

Y la estación de tren en Madrid por la noche... parecía una escena de película. El tren hacia Valencia corría en la oscuridad, y yo miraba por la ventana, atrapando cada sombra de palmera, cada farol lejano en un pueblo. Era un viaje hacia lo desconocido, pero yo confiaba en él.

Valencia me recibió con calidez. Incluso a medianoche, la ciudad respiraba vida. Los naranjos, las callejuelas, las conversaciones suaves en los balcones... todo era nuevo, pero al mismo tiempo acogedor. Caminaba por las calles y sentía que algo dentro de mí despertaba.

Los días siguientes fueron un caleidoscopio. Café con leche por la mañana, pan tostado con tomate, mercados con aromas marinos, sonrisas de desconocidos. Aquí, todo es diferente. La gente es abierta, emocional. Ríen fuerte, gesticulan sin vergüenza, se muestran tal como son.

Yo, como ucraniano, estaba acostumbrado a la reserva. Aquí la vida era otra. Más ligera, más brillante, más libre.

Y luego vino el mar. Me quedé en la orilla, mirando cómo las olas rompían contra la arena. Sentí cómo se lavaban mis miedos, mis dudas, mi cansancio. Solo quedaba yo... y el horizonte infinito. Era como volver a nacer.

Pero el verdadero descubrimiento me esperaba más adelante: la sierra de Espadán. Crecí en los Cárpatos. Para mí, las montañas son cuna. Son suaves, verdes, te abrazan. Allí, uno respira profundo y escucha el silencio. Pero las montañas españolas son distintas. Más duras, más rocosas, con aroma a lavanda y un viento que corta la piel. No te acogen, te ponen a prueba.

Subía por un sendero. El sudor me corría por la espalda, el aliento se entrecortaba, pero seguía. Y cuando por fin alcancé la cima y vi el valle —los tejados rojos, los árboles lejanos, el cielo infinito— supe que había cambiado. Me sentía más fuerte. Más callado. Más libre.

Allí, sentado sobre una roca en lo alto, pensé en Ucrania. En su profundidad, su sabiduría, su paciencia.

España es distinta. Abierta, colorida, como una canción.

Pero ambas son verdaderas.

Ambas viven en mí.

Este viaje no fue una huida. Fue un regreso.

A mí mismo.

A un mundo interior donde se entrelazaron el mar y la montaña, las naranjas y la lavanda, los Cárpatos y la sierra de Espadán, el silencio de Ucrania y la risa de España.

Volví a casa siendo otro.

Y una parte de España... se quedó conmigo. Para siempre.